

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>La fe</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	Testimonio y Credibilidad
<i>Lucio Florio</i>	13	La fe como camino trinitario
<i>Alberto Espezel</i>	27	Cristo, centro de la fe
<i>Avery Dulles</i>	33	La dimensión eclesial de la fe
<i>M. Cándida María Cymbalista</i>	49	Fe y oración cristiana
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	61	Marcel a través de su teatro
<i>Jean-Pierre Batut</i>	77	Sobre un libro de Albert Camus recientemente hallado
<i>Karl Lehmann y Hans Maier</i>	87	Testimonios

La Dimensión Eclesial de la Fe

por Avery Dulles S. J.*

La dimensión eclesial de la fe, que será el tema del presente ensayo, está en alguna tensión con el clima prevaleciente de individualismo. Hablando de la situación moderna el filósofo Alfred North Whitehead escribió que “la religión es lo que el individuo hace con su soledad.”¹ En los Estados Unidos hoy la religión es considerada frecuentemente como una materia meramente privada, que sólo concierne al creyente. A menudo oímos la pretensión: “Nadie puede decirme lo que debo creer”. Esta actitud pone a la Iglesia en una difícil posición, puesto que ella ve que la tarea de decir a la gente lo que debe creer es una parte importante de su misión. La Iglesia busca ganar adherentes al cristianismo conforme a la “regla de fe” que ha sido transmitida, pero el “ethos” americano urge a la gente a seguir su propio camino y dar cabida a sus propios sentimientos. Exalta la autonomía personal y aún, a veces, la disidencia.

Individualismo y Fe en comunidad

A pesar de cuanto oímos sobre individualismo, nosotros los norteamericanos somos de hecho más bien gregarios. Intelectualmente la mayoría de nosotros viajamos en manada, pensando de la misma manera que nuestros pares y compañeros. Pienso a menudo que habría más fe religiosa si fuéramos más independientes en nuestro juicio. Puesto que cualquier iglesia en particular es una minoría de conocimiento, sólo la gente que está preparada para desafiar la cultura dominante puede adherir firmemente a la enseñanza de la Iglesia.

El individualismo religioso tiene, entonces, un elemento cierto. Whitehead tenía razón cuando dijo: “Si tú no estás nunca

*Profesor en la Universidad de Fordham, Nueva York.

¹ Alfred North Whitehead, *Religion in the Making* (Cleveland y New York: Meridian Books, 1960), 47. (La edición original fue publicada por Macmillan en 1926).

solo, nunca serás religioso.”² La fe, si ha de ser honesta y sincera, ha de ser la de uno mismo. Los Evangelios ponen bien en claro que aceptar al Dios de Jesucristo es cosa sumamente personal. Debemos volvernos hacia Dios en la intimidad de la plegaria, a menudo en el silencio de nuestro cuarto. No podemos escondernos detrás de ninguna sociedad o institución, como si ella debiera creer por nosotros. Como individuo cada uno de nosotros es responsable ante Dios por lo que hacemos con nuestra libertad, incluso con nuestra libertad religiosa. Debemos afrontar como individuos el juicio ante el trono de Dios.

Sin embargo, la dimensión individual de la fe, debe equilibrarse con la dimensión social o unitiva. Todos aspiramos a la comunidad, incluso una comunidad de fe. La fe no puede sobrevivir largamente, menos aún florecer, sin el soporte de una comunidad que piensa de modo semejante, que provee símbolos, rituales y tradiciones. La fe encuentra su ambiente adecuado cuando los creyentes se reúnen en iglesias o sinagogas. Aún aquellos raros individuos que rechazan toda forma de religión establecida fundan iglesias o sectas propias, y reúnen asociados o prosélitos que comparten sus principios y prácticas. Los sociólogos de la religión querrían entonces cualificar, o contradecir las afirmaciones de Whitehead sobre la soledad.

El Judaísmo y el Cristianismo, como religiones reveladas tienen un carácter predominantemente social. La revelación viene en la forma de una alianza entre Dios y todo el pueblo. La palabra de Dios toma la forma de una invitación a entrar en la relación de la alianza. El acto de fe se dirige a Dios, como el autor de la alianza y la contraparte de la alianza. En los tiempos del Antiguo Testamento la fe de Israel era la de un pueblo, y lo mismo puede decirse del judaísmo de hoy.

El Cristianismo fue establecido como la religión de la “Nueva Alianza”, dicho de otro modo el Nuevo Testamento. Los primeros miembros de la comunidad de la alianza recibieron el llamado a ser discípulos como individuos, pero eran formados en la fe mediante la vida en común. En un punto crucial de su formación Jesús preguntó a los discípulos como grupo quien pensaban que era El. Pedro contestó por todos confesando: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt. 16,16). En ésta y otras ocasiones Pedro aparece como el que lleva la palabra, expresando la fe de los apóstoles.

² *Ibid.*, 16.

Expresiones eclesiales de fe

En su ministerio público y en su vida de resucitado, Jesús proveyó todo un conjunto de medios para la perpetuación de la fe de la comunidad que dejaba tras sí. En la última cena instituyó la Eucaristía como el sacramento de la "nueva alianza" en su sangre. Después de resucitar de los muertos, envió su Espíritu sobre la Iglesia, dándole a ella una participación perdurable en su mente y corazón. La fe era establecida y transmitida por medio de un ministerio apostólico, ritos sacramentales, escrituras canónicas, y un cuerpo de enseñanza sagrada. La fe cristiana llegó a ser así la propiedad común de toda la Iglesia. La Iglesia como una comunión tiene dos dimensiones inseparables: una relación vertical hacia Dios y una relación horizontal hacia los hermanos en la fe. Ninguna puede subsistir sin la otra.

La fe en el sentido cristiano y teológico de la palabra no es una mera opinión o una visión del mundo que una persona pueda adoptar. La fe cristiana tiene un contenido dado divinamente que sólo puede ser conocido por la confianza en la comunidad que ya la profesa. La fe, por tanto, está conectada intrínsecamente con la decisión de llegar a ser, o seguir siendo, un miembro del pueblo de la Nueva Alianza. A diferencia de Israel la Iglesia no es una sociedad étnica o política sino una comunidad universal fundada en la fe.

La profesión inicial de fe está sellada por el sacramento del bautismo, que hace a quienes lo reciben miembros de la Iglesia. Pablo habla de "un Señor, una fe, un bautismo" (Ef. 4, 5). Los tres "uno" van juntos. Porque sólo hay un Señor, sólo puede haber un bautismo, el sacramento de la única fe. En el bautismo uno es sumergido en la muerte de Cristo, que opera la muerte al pecado, y uno resurge con Cristo en la novedad de la vida eterna. El bautismo es la auto-promulgación sacramental de la fe. Expresa dramáticamente la auto-expropiación del creyente y el abandono del propio juicio privado en favor de la mente de Cristo, perpetuado en y a través de la Iglesia. Se le pregunta al candidato al bautismo qué es lo que él o ella piden a la Iglesia de Dios, y la respuesta correspondiente es "la fe". Aún si el candidato al bautismo ha hecho ya un acto de fe, como es el caso de los adultos, la fe es consolidada por el sacramento. Sin esta expresión eclesial y sacramental, el acto de fe sería incipiente y frágil.

La fe sin plena incorporación eclesial

Aunque la fe cristiana se vincula normalmente con la incorporación al cuerpo de los creyentes, algunos elementos de la fe cristiana son accesibles fuera de la Iglesia. En las palabras de John Henry Newman:

“Hay un amplio cuerpo de verdad católica flotando en el mundo... Es encontrado en plenitud y pureza sólo en la Iglesia, pero partes suyas, más grandes o más pequeñas, se difunden ancha y ampliamente, y penetran en lugares que nunca han sido bendecidos con su presencia y su ministerio...”³

Los padres griegos solían hablar de los elementos salvíficos en las religiones y filosofías no cristianas como “semillas de la Palabra” y como preparación para el Evangelio. El Concilio Vaticano II, en su declaración sobre religiones no cristianas, habla de rayos de la verdad divina presentes donde el Evangelio no ha penetrado todavía (NA 2). Algunos no-cristianos, siguiendo sus propias tradiciones, han tomado conocimiento del Evangelio y han sido impresionados favorablemente por él. El Mahatma Gandhi, que nunca llegó a ser cristiano, aceptaba a Jesús y al Sermón de la Montaña, como él los interpretaba, pero rechazaba al Cristo de Pablo y el dogma cristiano. Atraídos por los escritos de la Sagrada Escritura, estos no-cristianos entran en una relación positiva pero incompleta con la comunidad de la fe. A medida que avanzan hacia una fe más completa, se aproximan inevitablemente a la Iglesia. De acuerdo a la constitución sobre la Iglesia, la plena incorporación requiere, entre otras cosas, la unión con el Papa y los obispos mediante el vínculo de una plena profesión de fe (LG 14).

A veces uno encuentra cristianos que sostienen que adhieren a Jesús tal como lo conocen por el Nuevo Testamento, pero no sienten necesidad de ninguna comunidad de fe. Esta postura me parece anormal e inconsistente de raíz, porque los Evangelios y los otros escritos del Nuevo Testamento expresan la fe cristológica de la Iglesia primitiva. Si la Iglesia que los compuso y nos los transmitió no fuera confiable, no podríamos confiar en las Escrituras.⁴ Además, el Nuevo Testamento nos relata que

³ John Henry Newman, *Discourses to Mixed Congregations* (London: Longmans, Green and Co., 1897), 174.

⁴ Esta es la ocasión de la famosa afirmación de Agustín: “Yo no podría creer al Evangelio sino impulsado por la autoridad de la Iglesia Católica” *Against the Epistle of Mani*

Jesús encomendó a los discípulos enseñar con autoridad en su nombre, de modo que la Iglesia fuera “el pilar y el fundamento de la verdad” (1 Tim. 3, 15; cf. Mt. 16, 18; 28, 19-20; Luc. 10:16). Cristo desea ser encontrado no sólo en libros sino principalmente en la comunidad de sus seguidores.

Aceptar el Dios de Jesucristo en la fe, requiere por tanto ir más allá de la postura del individualismo. La visión cristiana no puede ser apropiada y nutrida con éxito sino dentro de la comunidad que llamamos “la Iglesia”. Dando por sentada la dimensión eclesial de la fe, propongo ahora clarificar su sentido examinando cuatro vías principales según las cuales la Iglesia se conecta con la fe: primero, como un objeto material o contenido de fe; segundo, como el sujeto corporativo que profesa la fe cristiana; tercero, como el gran testigo que da testimonio de la fe, y cuarto, como un signo que hace que la fe sea razonable y prudente.

La Iglesia como objeto material de fe

En el Credo de los Apóstoles nosotros profesamos nuestra fe en la “santa Iglesia Católica”. En el Credo Niceno-Constantinopolitano, que nos es familiar por la Misa, esto se amplía a la expresión, “una, santa, católica y apostólica Iglesia”.

Este Credo está dividido en tres secciones mayores, que tratan respectivamente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Aunque la Iglesia fue fundada por Cristo, el credo se refiere a ella en la tercera sección mayor, referente al Espíritu Santo. Como señala Henri de Lubac, siguiendo a muchos otros estudiosos, la Iglesia tiene un lugar en el credo en la medida en que el Espíritu Santo está vivo y operante en ella. En algunos textos primitivos la frase es: “Creo en el Espíritu Santo en la Santa Iglesia”.⁵

Dos cuestiones surgen de este punto. La primera de ellas —¿por qué no es suficiente creer en Dios sin agregar aserciones sobre la Iglesia?— puede ser respondida con relativa facilidad. La fe en Dios implica fe en su palabra y en su obra salvífica, que incluye la Iglesia que él ha fundado por medio de Cristo y del Espíritu Santo. No podemos creer en el Dios de Jesucristo a

chaesus Called Fundamental, par. 5; ET Richard Stothert, *Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers* (primer serie; Buffalo: Christian Literature Co., 1887) 4:131.

⁵ Henri de Lubac, *The Christian Faith* (San Francisco: Ignatius, 1986), 203-4.

menos que reconozcamos la alianza que ha establecido. Nuestra fe en Cristo y el Espíritu sería deficiente si no aceptamos la Iglesia en que ellos están principalmente presentes y accesibles. Recíprocamente, nuestra fe en la Iglesia implica la fe en las divinas personas de las que la Iglesia extrae su existencia y su poder salvífico.

Segundo, puede preguntarse si nosotros necesitamos tener fe en la Iglesia, cuando la Iglesia está ahí para ser vista por cualquiera. A esto podemos contestar que ella puede ser conocida sin fe en la medida que es un objeto empírico, una realidad sociológica. Pero la fe es necesaria para ver en esta sociedad humana, que a veces parece demasiado humana, la comunidad de gracia y salvación. No podemos verificar empíricamente que ella es el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, y el Templo del Espíritu Santo. La realidad íntima de la Iglesia no es captada por la carne y la sangre sino sólo por los ojos de la fe, que contemplan a la Iglesia en sus más profundas dimensiones teológicas.⁶

La Iglesia como sujeto creyente

A más de ser un objeto de fe la Iglesia es, desde otro punto de vista, el gran creyente, el sujeto cuasi-personal de la fe. Los autores clásicos hablaban frecuentemente de la “fe de la Iglesia”, la de la comunidad creyente en cuanto tal. En la Misa el sacerdote, precisamente antes de recibir la Santa Comunión, pide a Dios que no mire sus propios pecados sino la fe de la Iglesia. Esto era el sentido original de los términos *fides ecclesiastica*.⁷

La “fe de la Iglesia” figura de modo eminente en la tradicional discusión sobre el bautismo de los niños. San Agustín y otros explican que los niños bautizados son fieles en cuanto la fe de la Iglesia les es imputada. Los teólogos modernos, siguiendo a Sto. Tomás, sostienen habitualmente que el bautismo confiere

⁶ El Catecismo Romano de 1566 declaraba, en Parte I, art. 9, N° 23: “Es necesario creer que existe una Iglesia que es una, santa y católica. Respecto a las tres Personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creemos en ellas de tal modo como para poner nuestra fe en ellas. Pero ahora, cambiando nuestro modo de expresión, declaramos que creemos a la Iglesia santa y no en la Iglesia santa. Así, precisamente por esta diferencia de lenguaje, Dios, que es el Autor de todas las cosas, es distinguido de todas sus criaturas; y cuando recibimos todas las preciosas bendiciones que ha conferido a su Iglesia, las atribuimos a su divina bondad”. Ver también el *Catecismo de la Iglesia Católica* (Ciudad del Vaticano: Librería Vaticana, 1994), pág. 750.

⁷ De Lubac, *The Christian Faith*, 228-29.

el don o la virtud de fe, pero que los creyentes adultos, especialmente los que actúan como padrinos, dan expresión actual a la fe transmitida a los niños bautizados, los que todavía no son aptos para hacer actos personales de fe. Privado de la solidaridad con la comunidad de los creyentes, el bautismo de niños carecería de su verdadero significado como el sacramento de fe.⁸

La fe de la Iglesia es importante no sólo para niños sino también para adultos. Pocos, si es que alguno, de nosotros tenemos un conocimiento claro de todas las verdades que la Iglesia sostiene en la fe. Nuestra fe es en gran parte implícita en la medida en que nosotros adherimos confiadamente a la fe de la Iglesia. Podemos decir verdaderamente y sinceramente, “yo creo lo que la Iglesia cree”.

La fe de la Iglesia no es una realidad meramente interior. Constituida como una sociedad visible y tangible, a la Iglesia ha sido dada la capacidad de formular su fe en lenguaje humano. En las palabras del Cardenal Ratzinger: “El *symbolum* (credo) se ve en la Iglesia como un sujeto lingüístico completamente independiente que está unido por la experiencia básica común de la fe y es poseído así por una comprensión común”⁹. De acuerdo a Sto. Tomás la profesión de fe en el credo es expresada en la persona de la Iglesia toda, que está unida por la fe¹⁰. En la Misa generalmente recitamos el Credo Niceno en la primera persona del plural, diciendo “Creemos”. Aún cuando el credo es recitado en la primera persona del singular, como sucede en el bautismo, la fe profesada es la de la Iglesia como un todo.

Los artículos del credo y los dogmas de la Iglesia dan expresión lingüística a los diferentes aspectos o componentes de la revelación por la que la Iglesia vive. Frente al individualismo y pluralismo contemporáneos, que fragmentan a las sociedades e incitan a sus miembros unos contra otros, aún en la Iglesia, es de gran importancia mantener los símbolos comunes que expresan creencias que son válidas a través de todas las diferencias culturales. Las proposiciones de fe no son, estrictamente hablando, objetos de fe, sino son prismas mediante los cuales se

⁸ Ver Avery Dulles, *The Assurance of Things Hoped For* (New York: Oxford, 1994), 239-42.

⁹ Joseph Cardinal Ratzinger, *Principles of Catholic Theology* (San Francisco: Ignatius, 1987), 125.

¹⁰ “Confessio fidei traditur in symbolo, quasi ex persona totius ecclesiae, quae per fidem unitur”. Tomas de Aquino, *Summa Theologiae*, 2-2.1.9 ad 3.

hace posible a la fe enfocar su verdadero objeto, Dios que habla y actúa.¹¹

La diferencia entre la fe del individuo y la de la Iglesia puede aclararse por referencia a la infabilidad, una cualidad de la fe de la Iglesia que no se da en los creyentes individuales. A falta de una gracia particular que sólo puede ser conocida por revelación privada, ningún individuo está seguro de su perseverancia en la fe. Todo creyente puede caer en herejía o, por apostasía, apartarse totalmente de la fe cristiana. Pero Dios en su providencia vela para que la fe corporativa no perezca. En los Evangelios Dios promete que “las puertas del infierno” nunca prevalecerán contra la Iglesia (Mt. 16, 18), y que El estará junto a la conducción apostólica hasta la consumación de los siglos (Mt. 28:20). El confiere su Espíritu Santo a la Iglesia para que ella permanezca en la verdad (Jn. 14:26, 15:26-27; 16:13). El Espíritu Santo, operando por medio de los sacramentos, las Escrituras, la tradición, el magisterio, y el consenso de los fieles, impide que la fe sea corrompida y preserva a los maestros oficiales de enseñar definitivamente el error. Cada uno de nosotros depende en su fe de la fe de la Iglesia en la que participamos más o menos perfectamente.

La fe de la Iglesia, aunque es distinta de la de cualquier individuo, no puede ser separada de la de los creyentes actuales. No es una idea platónica, que existe en algún reino supra-celestial. Existe aquí abajo, en la Iglesia que vemos y tocamos. Si no hubiera creyentes individuales, la fe de la Iglesia perecería. Aunque ningún individuo tiene la certeza de perseverar en la fe, la fe misma nos asegura que siempre habrá una comunidad de verdaderos creyentes. Esta comunidad fiel es la *una sancta* del Credo.

La Iglesia como testigo

El Evangelio no es un mensaje privado que la Iglesia pueda retener para sí misma. Es dado a la Iglesia como un depósito, como la buena nueva supremamente importante para toda la humanidad. Consciente de su misión la Iglesia sale al encuen-

¹¹ De acuerdo con la bien conocida expresión de Tomás de Aquino, “El acto del creyente no termina en la proposición sino en la cosa, porque nosotros no formulamos proposiciones sino con la finalidad de conocer las cosas por medio de ellas, sea en el conocimiento científico o en la fe” (S.T. 2.2.1.2 ad 2).

tro de todas las naciones. No puede sino hablar de las cosas maravillosas que Dios ha hecho. La fe florece espontáneamente en testimonio. "He creído, y por tanto he hablado" (2 Cor. 4:13).

De acuerdo a un larga tradición teológica el testimonio es en sí mismo un acto de fe. Tomás de Aquino distingue entre el acto de fe interior, que es el creer, y el acto exterior, que es el confesar¹². Porque, como hemos visto, la Iglesia está protegida divinamente en su fe, el testimonio que expresa esa fe tiene autoridad. Como testigo, la Iglesia habla con confianza de que el Espíritu del Señor está con ella. Bajo impulso divino, declara incesantemente su fe, frente a los dictadores y a los escuadrones de la muerte (los "gobernadores y reyes" de nuestro tiempo) oportuna e inoportunamente.

El testimonio de la Iglesia, en el sentido explicado por Newman, es profético. Un profeta, dice "es uno que viene de Dios, que habla con autoridad, que es siempre uno y el mismo, que es preciso y decisivo en sus afirmaciones, que está a la altura de las sucesivas dificultades, que puede destruir y vencer el error. Así se ha mostrado la Iglesia Católica en su historia, así sigue siendo hasta hoy. Sólo ella tiene el hechizo de controlar la razón del hombre y de despertar la fe en su palabra de los encumbrados y de los humildes, de los educados y de los ignorantes, de los inquietos y de los embotados."¹³

En su *Apologia pro vita sua* Newman continúa explicando por qué es adecuado que un profeta tal esté dotado con el don de infabilidad. Sin él la Iglesia no estaría equipada adecuadamente para proclamar la palabra de Dios y "para hacer una resistencia frente al desbordado intelecto del hombre que incurre tan a menudo en excesos suicidas."¹⁴

La Iglesia no es el testigo primario al que la fe se remite. De acuerdo con la tradición teológica y varios concilios ecuménicos, la fe como una virtud teologal se dirige a Dios como su verdadero motivo. Los contenidos de la revelación deben ser creídos, en la terminología del Vaticano I, "en razón de la autoridad de Dios mismo que revela" (DS 3008). Si la Iglesia, y no

¹² Tomás de Aquino, *ST 2-2*, cuestiones 2 y 3. El menciona también otros actos externos que proceden de la fe por la mediación de otras virtudes, tales como el amor; cuestión 3, art. 1, ad 3.

¹³ Newman, *Discourses Addressed to Mixed Congregations*, 279.

¹⁴ Newman, *Apologia pro vita sua*, Part. VII (Garden City: Doubleday Image, 1956) 322-23.

Dios, fuera el motivo, la fe cesaría de ser un acto teológico —uno que muestra directamente a Dios como su objeto.

Como un profeta la Iglesia es testigo de Dios en el mundo. Para creer, los cristianos deben contar, al menos en parte, con su autoridad. Creemos en los artículos de fe no porque los hemos verificado personalmente (una tarea que en la mayoría de los casos sería imposible), sino porque la Iglesia como testigo nos asegura que son verdaderos.

Dicho de otro modo, podemos decir que la fe adhiere a la palabra de Dios, pero que esta palabra debe alcanzarnos donde estamos. La Iglesia es un órgano que Dios usa presentando y certificando su palabra. Por lo tanto, de un modo instrumental, la Iglesia pertenece al objeto formal, o motivo, de la fe. Tomás de Aquino puede decir: "El objeto formal de la fe es la verdad primera (Dios) en cuanto se ha manifestado en las Sagradas Escrituras y en la doctrina de la Iglesia, que deriva de la verdad primera."¹⁵ Encontramos la autoridad de Dios en cuanto él hace que su palabra sea legible, por así decir, en la Escritura y audible en la Iglesia que es su testigo. Cuando encarga a sus discípulos dar testimonio, Jesús declara: "El que les cree, me cree a mí" (Lc. 16, 10). Pablo podía felicitar a los tesalonicenses por haber recibido el Evangelio "no como palabra de hombres sino como lo que realmente es, la palabra de Dios, que está en obra en ustedes los creyentes" (1 Tes. 2, 13).

Entre todas las formas de comunicación, el testimonio es evidentemente la más adecuada para despertar la fe. El testigo certifica la verdad del mensaje, y lo comunica con un sentido de urgencia, pero sin buscar forzar el asentimiento. Al pedir un libre asentimiento, fundado en el respeto personal por el testigo, el auténtico testimonio se diferencia del proselitismo y la propaganda en sentido peyorativo, que connota alguna especie de presión y aún quizá adulación y engaño¹⁶. La fe, en cuanto ella es un asentimiento al testimonio, es un compromiso libre, amoroso, y confiado, de uno a la palabra de otro. Aceptar el tes-

¹⁵ Tomás de Aquino, ST 2-2.5.3.

¹⁶ El Comité Central del Consejo Mundial de las Iglesias en 1966 adoptó una declaración sobre "Christian Witness, Proselytism and Religious Liberty" en la que se declara: "El proselitismo no es algo absolutamente diferente del testimonio: es la corrupción del testimonio. El testimonio es corrompido cuando la adulación, el soborno, la presión indebida, o la intimidación son usados —sutil y abiertamente— para causar conversiones aparentes..." Texto reimpresso en *A Documentary History of the Faith and Order Movement, 1927-1963*, ed. Lukas Vischer (St. Louis: Bethany, 1963), 183-96, esp. 187.

timonio es entrar en una comunión espiritual con el testigo que lo proclama. En el caso de la fe divina, entramos en comunión con Dios, el testigo primordial, pero también con la Iglesia como el testigo secundario. Así el acto de fe nos lleva a la unión con la comunidad que cree y proclama el mensaje de Dios.

Cualquiera que se une a esta comunidad de testigos es llamado a tomar parte en su testimonio colectivo. Por nuestras palabras y vidas, todos nosotros somos testigos del Evangelio, o si no, anti-testigos. Isaías nos relata que Dios dijo al pueblo de Israel: "Vosotros sois mis testigos" (Is. 43:10; 12; 44, 8). Un rabino del S. II comentando este texto, extrajo el corolario: "Si vosotros sois mis testigos, yo soy Dios, y si vosotros no sois mis testigos, yo no soy ya Dios, por así decirlo"¹⁷. Siguiendo a Cristo, que dio testimonio de su Padre, la Iglesia y todos sus miembros son llamados "a declarar los hechos maravillosos de Dios que nos han llamado de las tinieblas a su luz admirable" (1 Ped. 2:9); en otras palabras, ellos son llamados a ser testigos de Jesucristo. El *Catecismo de la Iglesia Católica* explica cómo cada creyente, que ha recibido la fe de otros, contrae una obligación de comunicarla a su vez y así llega a ser un eslabón en la gran cadena de los creyentes. "Yo no puedo creer sin ser llevado por la fe de otros, y por mi fe ayudo a sostener a los otros en la fe".¹⁸

La Iglesia como signo de credibilidad

La Escritura nos dice que no debemos creer a cualquier testigo, aún a aquellos que pretenden ser profetas. "Probad los espíritus y ved si ellos son de Dios, porque muchos falsos profetas han surgido en el mundo" (1 Jn. 4:1). Porque hay muchas sectas extrañas que extravían a sus seguidores, la Iglesia debe dar los fundamentos de su derecho de ser el intérprete autorizado del mensaje cristiano. Ella debe diferenciarse de los charlatanes y embaucadores, que producen falso testimonio. ¿Con qué fundamentos aceptamos la pretensión de la Iglesia?

Negativamente podemos decir que la Iglesia no prueba la verdad de su mensaje. La fe nunca descansa en pruebas, que pocas veces proporcionan la especie de certeza que estamos bus-

¹⁷ Simon Bar-Yochai, citado por Gabriel Vahanian, *No Other God* (New York: G. Braziller, 1966), 29. El mismo texto emplea Yves Congar con el título de su libro sobre el apostolado de los laicos. *Si vous êtes mes témoins* (Paris: Editions du Cerf, 1959).

¹⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, par. 166, 45-46.

cando. Newman sostuvo largamente en su *A Grammar of Assent* que el asentimiento a una conclusión lógica es siempre tentativo, puesto que los argumentos dejan al razonador a merced de hechos o razones nuevos que pueden restringir o echar abajo a la conclusión. La conclusión es condicional en cuanto depende de las premisas. "Muchos hombres" escribió Newman, "quieren vivir y morir por su dogma; nadie quiere ser un mártir por una conclusión. Una conclusión no es sino una opinión".¹⁹

Aún si en ciertos casos las conclusiones pueden ser ciertas, debe señalarse que la fe no tendría función si pudiéramos demostrar estrictamente la verdad de su contenido. La fe en sentido religioso es un asentimiento libre e inspirado por la gracia basada en la autoridad de un testigo divino. Aún así subsiste la pregunta: ¿Cómo podemos determinar que la Iglesia es un testigo calificado?

En una época más racionalista, la apologética, como un estudio científico de las pruebas del cristianismo, estaba muy de moda. Pero cuanto más asiduamente intentaban los apologistas poner a sus pruebas en formación, tanto más se hacía obvio que la fe es un misterio de la gracia. Los fundamentos verdaderos para el asentimiento no pueden ser puestos en palabras ni ser expresados por argumentos formales. Intentar explicar por qué aceptamos la Iglesia es algo así como intentar explicar por qué se ama a alguien. Las razones del corazón son gobernadas por una lógica espontánea más sutil, pero a menudo más confiable, que la deducción silogística.

El corazón debe ser mencionado porque la fe involucra la voluntad y los afectos tanto como la inteligencia. La fe es un asentimiento amoroso. Aún después de percibir los fundamentos intelectuales, seguimos siendo libres de creer o no creer. No nos decidimos a creer antes de ver que el creer es deseable²⁰. Como cualquier otro acto libre, el acto de fe requiere que el objeto de elección sea percibido como algo bueno, no sólo en sí mismo sino también para la persona que lo elige. La religión cristiana debe entonces ser percibida como atractiva y beneficiosa. Cualquiera que está considerando si aceptar la fe debe hacer un juicio acerca de si sería bueno ser un creyente.

¹⁹ Newman, *Grammar of Assent*, capítulo 4, par. 3 (Garden City, N.Y.: Doubleday Image, 1955), 89.

²⁰ En la afirmación de Agustín citada a menudo, "Nadie cree nada sin estar convencido primero de que ello debe ser creído" (*De praedest. sanctorum*, 2.5; PL 44:963).

En una generación anterior, los apologistas procuraron mostrar por medio de la historia que Cristo estableció a la Iglesia como su testigo a través de las edades. Este tipo de argumento, si tiene éxito, lleva en el mejor de los casos a la conclusión de que tenemos un deber, una obligación de creer a la Iglesia. Pero mostrar esto no era fácil. Puesto que los argumentos históricos a partir de los orígenes cristianos dependen de datos difíciles de verificar y de interpretar, los argumentos no llegaron a convencer a muchos historiadores competentes. No es sorprendente entonces, que muchos apologistas hoy prefieran basar sus argumentos en la Iglesia como un fenómeno global, aplicando el criterio que da Jesús para la verdadera profecía. "Todo árbol bueno da buen fruto... Así los conoceréis por sus frutos" (Mt. 7: 17-20). La fecundidad de la Iglesia hace que el ser miembro de ella es algo no meramente obligatorio sino también atractivo y deseable.

El Concilio Vaticano I, mientras reconocía el valor del argumento histórico de los orígenes cristianos, sostenía que la Iglesia como una institución viva era, en la expresión de Isaías, "una bandera izada entre las naciones" (Is. 11: 12; cf. DS 3013). Más específicamente describía a la Iglesia como "un grande y perpetuo motivo de credibilidad y un testimonio irrefutable de su misión divina" (DS 3013). Señalaba las admirables propiedades de la Iglesia, incluyendo "su maravillosa propagación, su santidad eminente, su inagotable fecundidad en toda cosa buena, su unidad católica y su invencible estabilidad" (DS 3013).

Estas pretensiones, expresadas en la retórica eclesiástica del S. XIX, nos chocan hoy como indebidamente auto-satisfechas. El Vaticano II, casi un siglo más tarde buscó evitar toda apariencia de triunfalismo. Equilibró las cualidades positivas de la Iglesia con una profunda conciencia del modo como la credibilidad de la Iglesia ha sido dañada por las fallas humanas de sus miembros, tanto clérigos como laicos. Porque tantos católicos no han sido fieles al Espíritu de Cristo, careciendo de mutua caridad, y deficientes en fe y en fervor, el resplandor de Cristo no irradia en el mundo con el brillo que debería. La Constitución sobre la Iglesia llama a los católicos "a purificarse y renovarse a sí mismos de modo que el signo de Cristo pueda resplandecer más brillantemente sobre el rostro de la Iglesia" (L.G. 15; cf. GS 19, 21 y 43; UR 4).

Paradójicamente, la Iglesia es más creíble y más atractiva cuando, en vez de reclamar atención sobre sus propias cualidades, ella señala hacia Cristo su Señor, y procura hacer que El sea conocido y amado. Porque su misión es servir y glorificar a Cristo, la Iglesia es más fiel a sí misma cuando ella se olvida de sí y piensa sólo en El. La principal tarea de la Iglesia es elevar a Cristo, como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, de modo que el pueblo pueda ser amado y salvado por El (cf. Jn. 3, 14-15).

Los rasgos de Cristo, tal como los conocemos por las Escrituras y por la tradición de culto de la Iglesia, tienen un poder misterioso para atraer a la gente. La gente entra en la Iglesia y permanece en ella principalmente, creo yo, porque encuentra que Cristo está presente en ella. El se hace presente mediante el mensaje de los Evangelios, mediante los sacramentos, y mediante los creyentes santos que reflejan sus rasgos de una manera adaptada a su propia situación y a sus posibilidades. Opino que cuanto más intensamente pueda concentrar la Iglesia su testimonio de Cristo, más creíble aparecerá su fe a los que buscan la vida eterna.

Nada contribuye más a la credibilidad de la fe que la alegría, la convicción, y en sentido de resolución que ella despierta en sus adherentes. La historia de los grandes conversos, confesores, misioneros y mártires sirven mejor para transmitir la fe, que las lecturas abstractas sobre doctrina y apologética. La fe muestra su poder espiritual por la transformación que lleva a cabo en aquellos que la profesan.²¹

El testigo es, por excelencia, el mártir, aquel que, aunque amando la vida, está dispuesto a perderla por razón de una lealtad mayor hacia la verdad. Juan Pablo II, en su encíclica de 1993 *Veritatis Splendor*, dedica una parte elocuente al martirio como “un signo principal de la santidad de la Iglesia”. Por su ejemplo elocuente y atractivo de una vida completamente transfigurada por el esplendor de la verdad moral —escribe— “los mártires y, en general, todos los santos de la Iglesia iluminan todo período de la historia despertando nuevamente su sentido moral” (VS 93). Con sus vidas los santos dan una exégesis concreta del Evangelio y manifiestan el poder de transformación de la fe.

²¹ Cf. Avery Dulles, “Handing on the Faith through Witness and Symbol.” *Living Light* 27 (1991): 299.

Conclusión

Dentro de un desarrollo más extenso uno podría agregar otras relaciones entre la Iglesia y la fe. Por ejemplo, no he dicho nada sobre el papel de la Iglesia como intercesora. Desde la perspectiva de la fe es indudable que la oración y el sacrificio de la Iglesia pueden hacer mucho para obtener la gracia de la fe para aquellos en favor de quienes se hace la intercesión. En la liturgia la Iglesia ora a menudo por la conversión de los no creyentes (por ej. en las intercesiones del Viernes Santo) y por el aumento de la fe de sus propios miembros (por ej. en las oraciones introductorias de los domingos vigésimo segundo y trigésimo durante el año). A esto podría agregarse que la administración de los sacramentos por la Iglesia imparte e intensifica la fe de los que los reciben. Todos los sacramentos son, de un modo u otro, sacramentos de fe. Puesto que la fe depende de la gracia de Dios, las oraciones y ministerios sacramentales de la Iglesia pueden contribuir de modos importantes al proceso por el cual la fe nace y crece.

Sin embargo, la fe es transmitida más directamente por el testimonio de la Iglesia que resuena en cada época y en cada generación, llamando a los hombres a creer en Cristo y en el Evangelio. El testimonio aumenta su poder en la medida en que la Iglesia llega a ser un signo convincente de Cristo, gracias al compromiso alegre y la conducta de sus miembros semejante a la de Cristo. Este testimonio corporativo incita y capacita a los hombres para unirse en la fe de la Iglesia, como el gran creyente. Su fe personal es una participación en la fe colectiva de la Iglesia. Adhiriendo al mensaje de la Iglesia, incluso su mensaje sobre sí misma, los creyentes hacen también a la Iglesia un objeto de su fe.

La dimensión eclesial no impide a la fe ser un acto profundamente libre y personal. Sin la inversión personal no puede, como debe, transformar radicalmente al individuo, pero al ser transformado el individuo escapa de la estrechez de una existencia encerrada en sí misma y entra en el misterio universal de la fe, que Dios ha confiado a la Iglesia como un cuerpo. Al permitir que el misterio de Cristo nos agarre, entramos en solidaridad con los fieles de todas las naciones y de todas las edades, incluyendo a todos los que han de ser todavía.